

GLORIA LIBERMAN

EL MISTERIO DE LOS DÍAS

Claves para sanar y reinventar la vida



Catalonia

GLORIA LIBERMAN

EL MISTERIO DE LOS DÍAS

CLAVES PARA SANAR Y REINVENTAR LA
VIDA

Catalonia

LIBERMAN, GLORIA

El misterio de los días

Claves para sanar y reinventar la vida

Santiago, Chile: Catalonia, 2021

ISBN: 978-956-324-924-8

ISBN digital: 978-956-324-925-5

SALUD, RELACIONES Y DESARROLLO PERSONAL
V (THEMA)

Diseño de portada: Guarulo & Aloms

Ilustración de portada: detalle de cuadro *Motherhood* de Gloria Liberman pintado en Nairobi, Kenya, 2004. Técnica acrílico sobre tela 115 x 94 cm.

Corrección de textos: Darío Piña

Diseño y diagramación eBook: [Sebastián Valdebenito M.](#)

Impreso en: Gráfika Jr.

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Editorial Catalonia apoya la protección del derecho de autor y el copyright, ya que estimulan la creación y la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, y son una manifestación de la libertad de expresión. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar el derecho de autor y copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo ayuda a los autores y permite que se continúen publicando los libros de su interés. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información. Si necesita hacerlo, tome contacto con Editorial Catalonia o con SADEL (Sociedad de Derechos de las Letras de Chile, <http://www.sadel.cl>).

Primera edición: diciembre, 2021

ISBN: 978-956-324-924-8

ISBN digital: 978-956-324-925-5

RPI: 2021-A-10894

© Gloria Liberman, 2021

© Editorial Catalonia Ltda., 2022

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl - [@catalonialibros](https://twitter.com/catalonialibros)

Índice de contenido

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Bibliografía](#)

PRÓLOGO

Este libro narra el devenir de un alma generosa.

Gloria Liberman es una mujer medicina a quien conozco desde siempre.

Hemos transitado por el camino del misticismo desde muy jóvenes y nos hemos acompañado en el sendero de la sanación.

Aquí encontrarán parte de su sabiduría, que yo creo trajo de otras vidas.

Trabajar con Gloria en nuestra Escuela de Ancestrología ha significado un desarrollo potente para mí.

Al terminar de leer este libro me quedó la sensación maravillosa de que no existen fronteras, ni países, ni el tiempo, ni tampoco el espacio; es el viaje que transitamos en una vida, que es una gota en el océano de la eternidad.

Mi prólogo es una bendición para que estas páginas lleguen a muchas almas, y que al leerlas ocurran la sanación, el amor y la luz.

Con cariño a mi querida amiga.

PEDRO ENGEL BRATTER

La Reina, 2021

Introducción

Somos herederos del amor de muchas personas que vivieron antes que nosotros, sin embargo, a veces nos sentimos incompletos, como si algo faltara.

Comenzar analizando nuestra historia y rehacer la biografía de una manera amorosa es un camino que nos lleva, poco a poco, a llenar nuestros vacíos, a aceptar lo que es, a una reconciliación con nosotros mismos y con la vida.

Diariamente se nos presentan oportunidades y mensajes espirituales que nos ayudan a ser más conscientes como seres humanos.

Dicen los sabios que cada día tiene un misterio y que la persona que logra descubrirlos encuentra el camino de la felicidad.

En mi peregrinaje por el mundo he sido una buscadora eterna, desde el sentido de mi propia vida, los pensamientos y sentimientos, las múltiples caras del ser humano hasta la escarcha que puede cubrir un corazón. Caminé senderos y atajos, huellas de pisadas en la arena, que el mar cubría una y otra vez con sus olas. Una inmensidad de silencios perturbadores intentando conseguir la paz que no llegaba.

Anduve abismada de ver los contrastes de la existencia en cada rostro que conocí, en cada fragmento de respiración, a veces dolida por cada historia, otras con sol radiante en la alegría de haber entendido un poco más, quizás haber

descubierto el brillo de mis ojos a través del espejo que nunca quise mirar.

En cada instante hubo perplejidad; fui una constructora de sueños, una viajera de la geografía más imposible en el borde del abismo, del que saltaba frecuentemente entre mis propios continentes.

Acumulé conocimientos, experiencias, lágrimas y risas. Puedo decir que no he tenido tiempo de aburrirme y que la vida es un relato fascinante que quisiera transmitir a quien quiera leer esta bitácora andariega de anhelos y montañas.

Así descubrí una parte del misterio de los días y les dedico estas palabras a todos los buscadores y buscadoras de joyas, de respuestas, del oro interior.

Gracias a todos quienes me alentaron a continuar porque esto es sentirse viva.

Este libro se basa en hechos reales.

Agradecimientos especiales a mi esposo Antonio, a mi amigo Pedro Engel y a Editorial Catalonia.

Curacaví, 2021

Uno

Despierto sobresaltada, la imagen de él aún es perceptible entre las sombras de la noche.

Sus palabras hacen ecos en mis oídos.

Con su voz pausada y profunda decía: “Dios quiere que lo conozcas, que encuentres tu chispa divina. Acércate más a tu alma, a la profundidad de tu ser, sigue el camino espiritual de sabiduría trazado para ti”. Luego agregó: “Busca a tu familia espiritual, ellos te ayudarán a reconocerte si aprendes de los mensajes que te darán. Reúnelos para que te ayuden a despertar el corazón luminoso de todos los seres humanos. Puedes tardar varios años, porque están alrededor del mundo y no será fácil. Una vez que hayas realizado esa parte, vuelve a tu tierra y conversa con los sanadores y sanadoras para que entiendan que las dificultades que enfrenta el mundo se originan dentro de las personas, están viviendo un caos que es el reflejo de ellas mismas, de lo que son y lo que han hecho; si buscan soluciones externas no les servirán. Diles que todos somos uno y que es necesario trabajar juntos, sanar heridas del pasado y proyectar un futuro diferente; los humanos deben despertar a la realidad del espíritu y ser consecuentes con el amor con el que fueron creados”.

Encendí la luz de la lámpara sobre el velador, por la ventana el zumbido del viento movía las ramas de los árboles. Dije en voz alta: “Gracias, tatarabuelo, haré todo lo que pueda”.

Me quedo en silencio. Anoto para no olvidar. El espíritu da vida a la materia, sin espíritu seríamos un atado de carnes y

huesos. En ese punto está lo esencial y desde ahí, aunque diversos, todos estamos unidos por esa energía cósmica que nos abraza.

Despertar esa chispa divina, ser consecuentes con nuestra propia divinidad poniendo lo mejor de nosotros al servicio de todos. Una idea maravillosa que me ha motivado largo tiempo. Años atrás había querido hacer un centro de sanación, una clínica del alma entre los cerros de la cordillera de los Andes, cerca de Santiago de Chile.

El proyecto implicaba invitar a diversas personas a trabajar y compartir. Reunir una verdadera familia espiritual para el servicio planetario. No resultó, pues cada uno estaba absorto en lo suyo, no estábamos preparados o quizás simplemente no era el momento o el lugar.

Después de esa noche de mensajes, me di cuenta de que tendría que regresar a los viajes por el mundo y que ese deseo se podría concretar en un futuro. Aún no sabía dónde se podría iniciar, pero oí el llamado y quedó grabado en mi corazón.

En África había encontrado “sanadores verdaderos” con tanta fuerza que no necesitaban convencerme, sencillamente eran linajes de sanadores que poseían el don de la “sabiduría ancestral” y su espíritu estaba al servicio con humildad.

¿Por dónde empezar? ¿Qué lugar sería la génesis de esta misión?

Al poco tiempo recibí la respuesta de una persona que me pidió un servicio: que llevara un mensaje de amistad a un maestro espiritual que se encontraba en Israel y que coincidió con otra invitación personal.

Dos

El avión aterriza en el aeropuerto de Tel Aviv. Filas de personas, trámites, maletas, espera, revisiones, preguntas, una gran prueba de paciencia; todo bien. Miro al cielo, era de mañana. Me digo: gracias por haber llegado sana y salva.

A la salida veo a una persona que tiene un cartel con mi nombre, nuevamente ¡gracias! Me dirijo a ella, me ayuda con mi maleta y comenzamos una caminata hasta el estacionamiento. Me habla en inglés, gracias y más gracias; me lleva al lugar donde voy a alojar; otras personas me esperan y me dan la llave de mi habitación.

Estoy contenta, ha sido un viaje muy largo, necesito descansar un poco, sin embargo, mi cabeza no para de pensar.

Me arreglo rápidamente la cara de trasnochada.

Bajo a la recepción y pido un taxi, quiero llegar pronto y conocer a las personas que han sido uno de los motivos de mi viaje.

Me dirijo al Centro de Kabbalah de Tel Aviv. Traigo un papel con el nombre de mi contacto y le anoto el mío, se lo muestro a la recepcionista, quien me pide que espere un momento mientras la veo caminando por el corredor hacia adentro.

Diez minutos, que se me hicieron más largos que las dieciocho horas de vuelo, y mi voz interior repite

“paciencia”. En eso aparece un hombre relativamente joven, con pelo y barba rojos y el sombrerito pequeño llamado “kipá” que le cubre la nuca y que es típico en los religiosos judíos.

Me saluda y exclama: “¡Llegaste justo!, porque mañana temprano iremos a visitar lugares claves para activar nuestra espiritualidad. Haremos un paseo que culminará en la noche de Lag Ba’omer, ‘la noche de las luces’ —me explica—. Es el aniversario de la muerte del gran kabbalista Simon bar Yojai y todos los años visitamos su tumba para despertar espiritualmente y estudiamos toda la noche, pues el universo entero se abre para impregnarnos de su sabiduría”.

“¡¡Gracias!!”, le respondo. “¿Qué necesito llevar? ¿Y cuánto tengo que pagar?”.

Entonces, me contesta mis inquietudes, cerrando la conversación sin más que con un “nos vemos mañana”.

Le pido a la recepcionista que llame a un taxi y vuelvo a mi hotel.

¿Ilusionada? ¿Desilusionada? ¿Cuál es el pensamiento que voy a alimentar hoy?

En la habitación a solas me sigo preguntando: ¿qué es lo que siento?

El día no ha terminado, es hora de comer algo. Me ducho y cambio de ropa, llevo poco equipaje, lo que es un tremendo logro para mí. Aprendí que no puedo acarrear más cosas de las que mi cuerpo puede cargar y tengo que reconocer que ese aprendizaje me llevó muchos años, pero al final somos seres de costumbres.

Bajo al pequeño restaurante del hotel en el que alojo en Tel Aviv y pido algo típico, “shawarma en pan pita con hummus”. No sé hablar hebreo y me las arreglo con el poco inglés que manejo.

Me tomo un té y retorno a mi habitación, ordeno mis cosas, abro mi computador, la clave de internet está en una tarjeta pegada en el pequeño escritorio. Entonces me asalta la duda: ¿habrá un refugio de emergencia en este hotel? Por los medios de comunicación he sabido que en este país se vive en amenaza permanente, ¿cómo alcanzaré paz estando en este lugar?

Me doy cuenta de que, aunque todo vaya bien, mi mente busca alguna razón para inquietarme.

Ha sido un día especial, lleno de sentimientos opuestos. ¿Habré logrado descifrar la magia que escondía este día?

Abro una página de un libro consejero con el que viajo y sale la palabra “alma”, donde dice que el alma y la fe son un mismo concepto. Debo tener la certeza de que todo está bien y lo seguirá estando, porque es parte de mi misión en esta vida enfrentarme a mis propios fantasmas, miedos y aprehensiones.

Sigo leyendo: “La salud mental se basa en la fe y la convicción de que el ‘Creador’, ‘Dios’, es bueno y hace todo por nuestro propio bien”.

Vine para seguir adelante con mi plan de conocer personas y lugares sagrados, de encontrarme con partes de la familia espiritual a la que pertenezco o “pertenecí en alguna otra vida”, sin embargo, mi “inclinación negativa”, que ha sido una herencia familiar y también propia de tantas otras vidas, me inunda de dudas y de miedo.

Si todos los seres humanos somos “hermanos” al nivel del alma, deberíamos encontrar personas que vibren en la misma frecuencia en diversos lugares.

La espiritualidad no es una religión, es la parte del ser humano que busca la trascendencia, que va más allá de la materia y que se relaciona con la conciencia, los pensamientos, las ideas, los sentimientos, las emociones. Se caracteriza por un anhelo de conexión con la inteligencia suprema universal, la divinidad, con lo sagrado, con nuestra capacidad de creación, con el servicio hacia los otros seres humanos. Se asocia al aliento divino. En la Biblia se dice que Dios formó al hombre e insufló en sus narices aliento de vida que lo transformó en un ser viviente. Ese aliento se entiende como un alma. Es la parte nuestra que no es tangible.

Mis acercamientos religiosos han sido complejos. Vengo de una familia en la que una parte ha sido católica y otra judía, en consecuencia, mis padres se definieron como ateos y cualquier tema que oliera a “Dios” era casi un insulto personal para mi padre, que transitó por internados católicos en su infancia y quedó marcado por experiencias poco gratas.

Me ha costado descubrir y aceptar mi chispa creativa divina, tanto como reducir mi equipaje cuando viajo. Valga la comparación, pues una cosa está bastante relacionada con la otra: uno cree en la vida cotidiana que necesita muchas cosas y no considera qué es realmente lo esencial, lo que te servirá para toda ocasión y que está relacionado más con la conciencia espiritual que con los objetos materiales.

El misticismo ha sido un gran imán que ha dotado de sentido a lo profundo de mi existencia. A temprana edad leía la vida de Buda, Yogananda, Rumi, San Juan y muchos

otros seres iluminados por el amor hacia lo supremo, a lo trascendente que denominamos Dios.

Atardece y pido un *snack* a la pieza, un sándwich “club”. Eso parece que es internacional y consiste en unos pancitos tostados y cortados con verduras y queso. Una buena alternativa para hacer rendir mi presupuesto es dedicarme a invertir el dinero en paseos y programas culturales y menos en comida, lo que me hace pensar en ir a un pequeño almacén al frente del hotel donde venden pan, agua y otros abarrotes para llevar mañana al *tour*.

Me pregunto: ¿qué aprendí? ¿Cuál era la magia de hoy? Quizás empezar por la gratitud y continuar con fe. Tengo mucho que aprender.

¡Gracias por el día!



No es necesario tener todas las respuestas hoy, para eso tenemos larga vida. Deja por ahora las preguntas y aplica la “certeza” de que lo que te sucede es para tu evolución espiritual; si los resultados no te gustan, cambia tu actitud, activa lo mejor de ti. Recuerda que también eres cocreador de tu propia existencia, y que puedes revisar y dejar lo que ya no te hace verdaderamente feliz. Ten en consideración que cosechamos lo que sembramos.

Tres

Estaban los buses listos para partir, entonces, Schlomo, el hombre del Centro de Kabbalah, se apresuró a saludarme y me dijo: “Súbete a mi bus. Busqué a una persona que se sentará a tu lado y te traducirá al español. Hoy hablaremos solo hebreo”.

No alcancé a responder, se ubicó en el asiento de adelante y vi a una mujer que me hacía señales desde la tercera fila.

Me pareció muy amable su preocupación y me senté. Ahí conocí a Alberta, una joven peinada con una trenza y vestida sencillamente, con una enorme sonrisa en la que mostraba unos brillantes frenillos.

Mi compañera de ruta era muy especial, hablaba poco, pero lo que decía me llegaba profundo. Debe haber tenido unos veinte años y lucía muy segura de sí misma.

En el recorrido paramos primero en un lugar situado en un cerro rocoso. Todos comenzaron a bajarse del bus, había mujeres y hombres.

Ella me dijo: “¡Vamos a bañarnos!”. Miré por todos lados y quedé atónita, pues no vi ninguna playa ni piscina. Pareció adivinar y agregó: “Está en este cerro, aquí hay una cueva con aguas especiales. Es un mikve, dentro te tienes que desnudar, sumergirte en las aguas y hacer el ritual de purificación”.

Nadie me había pedido llevar traje de baño y yo soy una persona muy recatada y no me gusta exhibirme sin ropa

frente a extrañas. Aclaro que en esa cueva entraron solo mujeres.

Como había una fila y yo no quería avanzar en la aventura, las que estaban detrás empezaron a rezongar, descontentas. Entonces, Alberta me dijo: “Apresúrate, ¡quítate la ropa y entra en el agua!”.

Como autómata hice lo solicitado, incluyendo los rezos. El agua estaba muy fría, traté de no demorar y enseguida pasé al otro lado donde había otra mujer que me esperaba con mi ropa; la tomé con el cuerpo mojado y me vestí rápidamente, salí por el túnel buscando mi bus y mi bolso donde había llevado una pequeña toalla para emergencias, que fue de gran ayuda.

El viaje continuó y Schlomo hablaba con un micrófono explicando el proceso de purificación que habíamos pasado, tanto mujeres como hombres, y que era una condición muy importante para visitar los lugares sagrados.

No me atreví a preguntar qué sucedía si una mujer estaba en el período menstrual. Me imaginé que no iría al paseo.

Los kabbalistas representan una corriente mística del judaísmo, sus enseñanzas se basan en el libro *El Zohar*, en la Torá (pentateuco de la Biblia) y en las letras hebreas, entre otros.

Nos detuvimos en un cementerio. Nos pidieron recoger algunas piedras que se veían desparramadas por el suelo. Al parecer allí estaban enterradas personas importantes y la tradición, según explicaba Alberta, era visitarlos desde la humildad, para agradecerles y mantener la presencia de su sabiduría viva.

A los cementerios judíos no se llevan flores, sino que se ofrecen piedras que se ponen como ofrendas en las tumbas.

Vi que otras mujeres se juntaban y rodeaban ciertos lugares. Alberta me dijo que sintiera la energía y que no se podía salir del cementerio por el mismo camino que se había entrado, por eso ellas buscaban vías alternativas.

Me sentí emocionada, nunca había sido amiga de cementerios y los había evitado toda vez que podía, pero ahora sentía que era un llamado ancestral. Quizás ya había estado ahí en otra vida, no lo sé, mi corazón latía con fuerza y unas gotas de sudor salían por mis manos.

De regreso al bus estaba totalmente callada, como si mi boca se hubiera cerrado por alguna razón inexplicable, y no era la única persona que lo sentía de esa manera. En la última fila del bus se sentaba un grupo de mujeres amigas que venían parloteando sin parar y ahora estaban totalmente mudas.

Le comenté a Alberta mi experiencia y me respondió: “Esto no es nada, espera a visitar la tumba de Shimon bar Yojai y ahí te estremecerás como si murieras y estuvieras naciendo nuevamente”.

Paramos a almorzar pita y faláfel, servidos por una familia de religiosos judíos, todo kosher, todo santificado para que fuera un alimento puro.

Schlomo se sentó a mi lado en la mesa y me explicó que la comida kosher se hace de una manera especial donde se siguen las normas de la *kashrut*, es decir, en el judaísmo hay leyes para todo, para matar animales, para lo que se puede comer y lo que no.

Me dijo: “Hay alimentos prohibidos, porque todo lo que ingieres y la forma que lo haces tiene consecuencias en tu energía y conciencia espiritual. Por ejemplo, no puedes comer cuando estás enojada o sientes rabia porque esa energía se une con la energía del alimento y te puede provocar daño”.

La explicación me hizo sentido, realmente comer de mal humor es terrible y con rabia, peor.

Un día interesante que aún no terminaba y yo comenzaba a sentirme cansada.

Al atardecer, en el crepúsculo, finalmente llegamos a los pies del monte Merón donde se encontraba el lugar sagrado en el que yacían los restos del gran sabio kabbalista del siglo I.

Alberta me contó que Shimon bar Yojai fue un rabino y un sabio que vivió en Galilea (actual Israel) durante la época de la dominación romana, entre finales del siglo I y el siglo II. Se cree que murió en Merón. Según dicen, fue perseguido con peligro de muerte por lo que se tuvo que esconder durante trece años en una gruta, donde supuestamente escribió *El Zohar*, libro sagrado de acuerdo a la tradición kabbalista y mística.

Todos los años se organiza una peregrinación a su tumba, el día de su muerte.

Los sabios o “justos” en el judaísmo son muy importantes, pues han logrado interpretar lo que viene de la fuente, han recibido un conocimiento luminoso de la inteligencia universal y lo transmiten al resto de las personas.

Alberta me acompañó a la entrada de la gruta y dijo: “Esto es muy sagrado. Aquí lo más importante es que alumbres tu

corazón y tu conciencia, para que la sabiduría del Rebe encuentre tu alma y juntos asciendan por el árbol de la vida hasta kéter (la corona). Tienes solo unos segundos para estar allá arriba unida al Creador; si te demoras más tiempo es peligroso, te puedes fundir con la divinidad y desaparecer de la tierra. Te esperaré afuera”.

Afuera ya caía el sol y estaban prendiendo el fuego, haciendo los rezos, preparando el auditorio lleno de sillas, bancas de madera y unos mesones.

La experiencia mística es la suprema transformación del alquimista, del buscador o buscadora espiritual, es el goce infinito de la gracia divina que te permite ingresar al templo más sagrado y lejano, donde el alma vuelve a estar unida a Dios. Es un éxtasis que embriaga a los creyentes y enloquece a quienes no están preparados aún para ese regalo.

Entré a la gruta y vi a varias personas, entre ellas a mi maestro de kabbalah que me hacía un gesto con la mano. Me aproximé y comencé a temblar, no supe qué hacer, me ahogaba y salí corriendo.

El aire frío de la noche se estrelló en mis mejillas, mientras varias personas cantaban y bailaban alegremente.

La vida es una celebración constante.

Había palpado el gran misterio y al sentirme de regreso en el hoy, un rayo luminoso me despertó a las verdades esenciales; en un abrir y cerrar de ojos la suerte estaba echada, experimenté una apertura infinita que nunca había sentido antes y todo ese deseo, anhelo espiritual, se alojó en mi corazón.

Las creencias y prejuicios son el filtro a través del cual percibimos el mundo. Ellos fueron establecidos por la familia según la cultura, la sociedad, para mantener el sistema imperante. Ahora desde la gratitud podemos decirles “sí, gracias” y liberarnos, pues nos damos cuenta de que en su mayoría están obsoletos o son limitantes.

Desde mi ser interior agradecí lo aprendido con mis padres en mi infancia y les pedí simbólicamente permiso para tomar mi propio destino; aunque sus experiencias los habían llevado por otros caminos, que respetaba totalmente, yo necesitaba avanzar en lo mío.

Ese momento de mi vida me dio la seguridad de que lo que me resonaba en el corazón era este sendero sin estructuras, independiente de iglesias, sinagogas o templos, y tenía que abrazar simplemente lo que mi alma me susurraba amorosamente.

Me sentí un poco aturdida por las emociones de ese día, pero también feliz y cansada.

Fui a hacer la fila de la comida, me encontré con otra pita con faláfel que ahora tenía un sabor maravilloso que disfruté y luego me refugié sola en el bus. Habían dejado mantas en los asientos y eso lo recibí como un regalo más que el día me brindaba. Me acurruqué y me quedé profundamente dormida.

La magia de ese día fue como una corona de luz.

Pensé que uno podía valorar lo que sus padres le transmitieron, pero también debía buscar lo propio, aquello que le hacía vibrar y que es único para cada persona.